

Rosa mecánica

DRAMATIS PERSONÆ:

Rosa Mecánica
Tallo de Hierba
Escarabajo Azul
Vara de Acero
Los Ruidos
Los Silencios.

LOS SILENCIOS:

—Aire, no más, espacio, vibraciones
somos lo que hay de hermoso en las canciones
y en el amor: las pausas. Somos eso
que queda tras el llanto o tras el beso.
Todo viene a morir en la corriente
de nuestro sér. El universo es fuente
que desemboca en nuestro vasto océano.
Somos los hijos leves del arcano,
y nuestra madre, la de entraña activa,
fue anterior a la noche primitiva.
Cuando tuvimos voz, divino coro,
la negra esfera se vistió de oro,
nacieron, en lo azul, constelaciones,
y en el mar golondrinas y canciones.
Pero la altura se nos muestra bella
por el silencio más que por la estrella,
y el agua, entre sus cercos de verdura,
donde es más silenciosa, allí es más pura.
Somos, en la expresión, aquel momento
cándido que precede al pensamiento,
cuando se enciende, entre la sombra muda,
el temblor de la sílaba desnuda.
Y, cerrado aquel círculo en que labra
símbolos inmortales la palabra,
baja Dios, y en su diáfana presencia
engendra pensamientos la conciencia.
Sobre el fútil vocablo, o sobre el nombre
pesa no más la pequeñez del hombre.

pero en toda mudez se halla cifrada
 la clave de la bóveda estrellada.
 Nosotros, los Silencios, somos una
 copa en que cae el agua de la luna,
 con que ha saciado, en cuanta raza existe,
 su sed de siglos la criatura triste.
 Nosotros, bajo el fuego del verano,
 le damos vida germinal al grano,
 y luégo somos miel o perla breve
 cuando se hace la flor cárcel de nieve.
 En nuestro cáliz invisible vierte
 su espeso vino la callada muerte,
 y mullimos de sombra la almohada
 donde duerme, de hielos coronada,
 la gloria de los hombres. ¡Pobre gloria!
 Sol del abismo! Espuma de la historia!

ROSA MECANICA:

—Qué metafísicas
 estoy oyendo?
 Coro de dómines
 hoy se reunió?
 Rosa Mecánica,
 soy el producto
 de una gran máquina.
 ¡Viva el motor!

De acero limpio
 me hicieron pétalos,
 cáliz metálico
 tengo también.
 Cuerdas elásticas
 son mis pistilos,
 y de la química
 brotó mi miel.

No me marchito
 con la canícula,
 ni el viento músico
 roba mi olor.
 Nací en las fauces

de hcrno metálico,
 soy la geométrica
 futura flor.

Yo no le debo
 nada a la atmósfera,
 ni con oxígeno
 nutro mi sér.
 Vivo una vida
 ya matemática
 cerca del número
 que siempre fue.

Para agitarme
 tengo diez vértebras
 que en el pedúnculo
 puso mi autor,
 y así mis hojas
 se mueven ágiles
 bajo el voltígero
 ventilador.

Ni agua ni tierra
 me prestan púrpura,
 ni mi clorófila
 busca la luz.
 No me desmayan
 noches románticas,
 ni en el crepúsculo
 me pongo azul.

Nunca iré como
 frágil apéndice
 al hombro mórbido
 de una beldad,
 ni un caballero
 de edad equívoca
 entre una epístola
 me guardará.

No vivo en copa
 de vidrio pálido,
 ni bajo el húmedo
 negro ciprés.



Y como tengo
forma esquemática
nunca una lágrima
veré caer.

En cambio cifro
yo lo axiomático
bajo la cósmica
inmensidad.
Del hondo espacio
salto los límites,
venzo los términos
de hora y edad.

Soy lo absoluto
frente a lo efímero,
lo eterno extático
entre el vaivén.
Id a la muerte
seres orgánicos:
¡El negro vórtice
tiene hambre y sed!

ESCARABAJO AZUL:

—Yo, el Escarabajo,
metido en un hueco
donde me alimentan
residuos de insectos,
he escuchado, oh Rosa!
todo ese argumento
con que justificas
tu hechura. Soy seco
como una semilla
puesta a sol y viento;
pero tan oscuro,
tan mínimo y feo,
supero tu forma
bajo el universo,
porque a mí me rigen
vida y movimiento.

Tus finos esmaltes,

tu brillo perpetuo
que es la mejor obra
del maestro fuego;
toda esa armonía
que hay en tu diseño
trazado por una
mente de arquitecto,
no valen un átomo
de mi oscuro cuerpo,
porque a mí me rigen
vida y movimiento.

Tu vives mil años
pero yo perezco;
tus hojas son hechas
del más fino acero,
y en cambio una brisa
me rompe los cuernos.
Yo sufro el verano,
le temo al invierno,
pero soy más rico
entre mi agujero,
porque a mí me rigen
vida y movimiento.

Ni el vulgo ni el sabio
me asignan un precio,
y hasta el campesino
que labra su huerto
con el pie me arroja
o me hinca el hierro.
Caí como inútil
escoria del cielo.
Pero soy más libre
que tú, flor de tedio,
porque a mí me rigen
vida y movimiento.

Yo vivo la vida
cósmica, en pequeño:
giro como un astro,
como el hombre empeño
mi honor. Una torre



perforo de huecos,
 désmenuzo un árbol
 y desbasto un cerro.
 Yo corono empresas
 de santo y guerrero,
 porque a mí me rigen
 vida y movimiento.

El sol, cuando quiere,
 me ayuda a ser bello.
 Soy rútila brasa,
 o redondo espejo
 donde se reflejan
 ciudades de viento.
 Parezco, unas veces,
 la rosa del cielo,
 y, otras, esmeralda
 montada en acero;
 por que a mí me rigen
 vida y movimiento.

Llevo la sustancia
 del bruto y del genio;
 me nutren la tierra
 y el éter ligero;
 soy vida en el lodo,
 en el mar soy vértigo;
 alumbro en la estrella
 y en el pensamiento;
 muero en el espacio,
 retorno en el tiempo,
 porque a mí me rigen
 vida y movimiento.

LOS SILENCIOS:

—Vanas, vanas palabras sin sentido
 que caen, como gotas, con gran ruido
 en el profundo seno de la nada.
 ¿Qué sois ante la bóveda callada
 más que humo leve de pavesa inerte,
 o signos que, al pasar, traza la muerte?
 Ser o no ser... ¿acaso no es lo mismo

ante el claro silencio del abismo?
 Mecánica, expresión, todo se agita
 debajo de la órbita infinita
 buscando el sér. Y en tanto el firmamento
 voltea con sereno movimiento
 creando, en la mudez de las alturas,
 otras vidas más altas y más puras.
 Callad, ásperas voces, falsa lumbre
 que guía la terrena incertidumbre
 a buscar, con inútil insistencia,
 caminos en el mundo y la conciencia.
 El caos triunfa! Todo es polvo y ruido,
 catarata que salta hacia el olvido
 tendiendo, entre un rumor de aguas y vidas,
 el iris de las lágrimas perdidas.
 En nosotros, no más, se halla la clave
 de la verdad universal; la llave
 que, violando falaces cerraduras,
 conduce al mundo de las formas puras.

VARA DE ACERO:

—Hueso de tus huesos, madre arquitectura,
 eje que sostiene tu bóveda sorda
 ¡oh cielo del cálculo! yo, Vara de Acero,
 rútila y sonora como un agua limpia
 que corta la roca con brillos azules,
 a este fiero diálogo mezclo mi dialéctica
 yo, Vara de Acero.
 Noche de granito, noche de diamante,
 noche de carbón y noche de cuarzo
 conocí, habitando la entraña geológica,
 cuando yo era polvo de estrellas deshechas.
 Fantástica noche! ¿Qué se hizo
 mi duro paisaje de rocas profundas,
 con huellas de zarpas, de estrellas marinas,
 finos arabescos de ramas arbóreas,
 y, a veces, poblando las cóncavas grutas
 callados relámpagos de marfil y plata?
 Recóndita noche!
 La gota de agua, caminando siglos,
 llegaba a mi lecho volcánico
 como un sol diminuto, a llevarme

*noticia de espacios terrestres
 cruzados de vientos, de nubes, de ángeles,
 y de azules canciones que tienen
 con remos de voces, banderas de música.
 Sonámbula noche!*
*Cernido a través de mil años
 me llegaba el rumor de los ríos
 que construyen países de espejos
 y cantan, alzando montañas de arpas,
 antiguos idiomas de dioses y bestias.
 Dadme aquella noche! Dadme aquella noche!*
*Un día los hierros
 descuajando bloques, violaron mi entraña.
 Cuajóse mi oscura nebulosa en fauces
 de fuego. Fui arroyo de brasas, hirviente
 cascada, rojo torbellino, flámula de llamas.
 Yo, Vara de Acero,
 soy ahora mástil de tu nave, oh máquina,
 estambre sonoro de tu flor, oh hélice,
 fuste de tu templo, pétrea arquitectura,
 rosa de tus vientos, oh velocidad,
 eje que gobierna sonantes motores,
 anillo que ajusta haces de relámpagos,
 cadena viril que levanta,
 como grandes flores, montañas de rocas,
 y decora las nubes con pórticos
 y encierra los vientos debajo de cúpulas.
 Soy la nueva conciencia del hombre.
 De su Olimpo de acero brillante
 descienden los dioses del Cálculo,
 más bellos que el rústico Apolo
 padre de la lira, juguete pretérito,
 y de las canciones, bárbara dialéctica
 que ablandó el espíritu de la antigua raza.
 Honor a los dioses del Cálculo
 que bajan, sentados en orbes de bronce,
 a tomar posesión de la tierra
 donde gime la necia esperanza
 del hombre romántico.
 Viento de motores
 se acerca, esparciendo ceniza de estrellas,
 y polvo de razas que murieron bajo
 la sombra callada de selvas y nubes.*

TALLO DE HIERBA:

*—Yo, Tallo de Hierba,
 nacido en esta soledad estéril
 y en medio de estas piedras
 donde tuesta la luz líquenes grises,
 levanto mi querella
 entre este coro de discordia, a nombre
 de la naturaleza.
 Indice de la luz, soy, igualmente,
 esa trémula hebra
 con que Dios ha tejido el ondulante
 tapiz de las praderas.
 Yo, de la alta colina, con mis flores
 coronó la cabeza,
 y bajo luego a decorar el río
 bordando su ribera.
 Cuando nace la luz abro mis hojas
 y recibo la perla
 que desciende a engastarse en el oscuro
 anillo de la tierra.
 Indico hacia qué lado se dirigen
 los vientos de la vega,
 y cómo raya el diáfano paisaje
 la llovizna abriena.
 Aún prisionero en haces, y dormidos
 los hombres de la siega,
 yo sigo perfumando tenazmente
 la tarde de violeta.
 El ancho pie del labrador oscuro
 me chafa, pero apenas
 se ha retirado, cuando al cielo abierto
 mi tallo se endereza.
 Girando con las horas aprisiona
 mi vibrátil antena
 la música solar y el canto llano
 que la noche concierta.
 Ya en el fondo del valle, ya en la altura,
 convertido en hoguera,
 oriento al cazador, o guío la nave
 lo mismo que una estrella.
 Todo se mueve en torno de mi frágil
 verdura. Soy la selva,*

y la brizna que crece sobre el roto
 brocal de la cisterna.
 Sobre el estrago universal y sobre
 la mecánica yerta,
 nutrida de inmortales energías
 mi vida se renueva.
 Más puro que el lucero de diamante,
 más fuerte que la piedra
 he de vivir, marcando con el tiempo
 mi evolución perpetua.
 ¿Qué resta de las fábricas gloriosas
 de palacios y termas,
 vencedor de la historia y de los arcos,
 sino el tallo de hierba?
 Esa la única voz que sobrevive
 a las pasadas lenguas,
 repitiendo la fábula del hombre
 desde muros y grietas.
 Soy anillo engastado por la vida
 en la móvil cadena
 que arranca del insecto laborioso
 y acaba en la conciencia.
 Bien puedes tu morir, Vara de Acero,
 pero mi muerte fuera
 el regreso, hacia el caos primitivo,
 de la razón eterna.
 Yo vivo en la unidad. Aspiro a una
 forma de inteligencia
 porque yo soy la Acción que vivifica.
 Tú eres sólo la Fuerza!

LOS RUIDOS:

—Con fatal armadura luciente,
 con un casco de plumas silbantes,
 y colgando de la áspera frente
 cascabeles de hierro sonantes,
 aquí estamos, con caja batiente,
 y al compás de los palos cantantes
 que uniforman la marcha potente
 de los ásperos ruidos andantes.
 Hijos de este tiempo
 —rayo, sangre y fuego—

somos el cerebro
 del hombre moderno,
 ese animal nuevo
 qué, en saltos de vértigo,
 rompe todo cielo,
 y le aplica al viento
 espuelas de hierro.

A través de las plazas pobladas
 de columnas y estatuas bruñidas,
 por las calles, de espejos muradas,
 lentos ríos de muertes y vidas,
 avanzamos con choque de espadas,
 con clamor de campanas heridas,
 con angustia de voces ahogadas
 y crujido de torres vencidas.

Somos la conciencia
 de una edad postrera
 que carga la herencia
 de razas enfermas,
 y ahoga su pena
 en ruido de ruedas,
 luces de taberna,
 canciones venéreas
 y música negra.

Armonías de músicas lentas,
 añorantes acordes del piano,
 larga flauta de avena que cuentas
 los amores del rubio verano.
 Todo ha muerto! Palabras sangrientas
 va trazando una pálida mano,
 y se escuchan las voces violentas
 que sofocan el canto lejano.

Ruidosos metales
 atruenan las calles,
 timbres pertinaces
 cruzan las ciudades,
 fantásticos cables
 atan cielo y mares,
 y negros alambres
 la risa nos traen
 de cielos distantes.

Somos verbo de nueva cultura
que al Espíritu Santo derroca,
y que trueca canción y escritura
por lenguaje de hierro y de roca.
Nuestra voz, que exterminios augura,
la marea tumultuaria provoca,
y matamos la cláusula pura
y al cantor de melódica boca.

Fuegos explosivos
llegan a los libros,
y domina el Ruido
los santos retiros
donde el sabio esquivo
y el monje raído
traen el infinito
al cóncavo vidrio
o al ojo del niño.

No hay espacio en el éter profundo,
no hay altura de encinas cubierta,
ni camino olvidado en el mundo,
ni rincón en la tierra desierta,
que no sufran el eco iracundo
de esta lucha que al hombre despierta
y lo clava al girar infecundo
y fatal de la máquina muerta.

Pero reflejamos
la vida. Los vastos
proyectos humanos
y los fieros actos.
Nosotros llenamos
de Olimpos volcánicos
y dioses armados
el terrestre espacio
y los cielos vanos.

ROSA MECANICA:

—Flor de mi tiempo, esquema del futuro
imagen concebida en el cerebro
de la eterna deidad de labio ilustre,
yo dejé atrás los moldes fugitivos
en que funde la vida sus creaciones,

para existir sin la naturaleza,
madre mortal de tornadiza frente
y de senos caducos que emponzoñan
toda vida naciente. Con los Ruidos,
dispersos hoy por el antiguo espacio
consagrado a la luz y a la plegaria,
y portadores del audaz mensaje
que transmiten las fraguas y los yunques,
he de reinar aquí, Rosa Mecánica,
mientras caen las selvas agotadas
sobre el lecho arenoso de los ríos,
y huye a morir en ignorados mares
la última voz del último torrente.
Con el Acero, juvenil gigante
que construye babeles portentosas,
alza torres en áridos islotes
y ciñe doble cinturón sonoro
al talle de la tierra, por los siglos
he de reinar aquí, Rosa Mecánica,
mientras mueren mis húmedas rivales
en las aguas del viento, o en la noche
que trasplanta ciudades y jardines.
Todo fluye, y la imagen reflejada
sobre el fino cristal de la conciencia
siempre es diversa, como no es el mismo
el aire que aspiramos, o el minuto
de sombra y el de luz, que se deslizan
sin cesar, a través de nuestros dedos,
como arena de márgenes distintas.
¿Qué cosa es la mendaz naturaleza
sino la muerte? Su revuelto seno
tiene la actividad de los sepulcros
y el inestable curso de los ríos.
Yo soy la que no cambia, la serena
criatura que en el mundo de las formas
es joven como el número, y constante
como el ritmo del tiempo y de los cielos.

(Escúchase, a lo lejos, formidable estruendo. Inacabable vocerío rebota contra el horizonte cerrado. Súbitamente, han caído mil torres, mil fábricas han venido al suelo. La tierra parece un volcán empennachado de centellas. Sin-

embargo, entre el polvo de las ruinas y el humano duelo, el firmamento sonrío tranquilamente).

TALLO DE HIERBA:

—Aquí estoy. El estrago
también me sepultó bajo su ruina,
pero un soplo de aire
me ha devuelto la vida.

Cayeron, para nunca
volver a alzarse, las altivas torres,
y mi vida prosigue
con más vigor que entonces.

Y nueva, porque ahora
me abonan los escombros y los huesos,
la soledad me exalta,
me defiende el desierto.

Venid, Silencios puros,
a secundar el fúlgido milagro
de un mundo que renace
en el verdor de un tallo.

Todo comienza ahora,
y entran de nuevo en fácil movimiento
los ejes de la tierra,
los telares del cielo.

Ya la vital cadena
flores y astros enlaza en sus anillos,
y se escuchan de nuevo
las arpas del abismo.

En pristina pureza
renace y trasforma el universo,
como ante un bello rostro
las aguas de un espejo.

Rotas las negras máquinas
vuelve a girar la rueda de los dioses,

la que premia trabajos,
la que reparte amores.

Y el hombre no descansa
en el motor que rompe las alturas,
sino en la golondrina
que le anuncia la lluvia.

Yo soy, Tallo florido,
columna de esmeralda en que sustentan
palacios, el invierno,
casa, la primavera.

Pero viene el Silencio!
Mirad cómo la luna se levanta
y en húmedos vapores
las colinas empapa.

Voy a dormir. Mañana
brotará el universo de la perla
blanca y azul, que ocultan
mis dos hojas primeras.

ESCARABAJO AZUL:

—Aquí mi existencia afirmo,
¡nocturna luz!
yo, el pesado Escarabajo
Azul.

Artefactos y mecánicas
¡todo acabó!
pero se sigue escuchando
mi rumor.

A la luz que me embellece
he de cantar,
mientras el cielo se abraza
con el mar.

Y al aire que me alimenta
bendeciré,

*en tanto que tierra y fuego
dicen: Amén.*

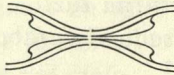
*Y celebraré a las aguas
que me dan,
bajo los árboles verdes,
tierras en paz.*

*Sólo es grande tu callada
creación,
naturaleza que tienes
a Dios.*

*Y, para acabar mi canto,
te guarden El,
y las ramas, siempre verdes,
del laurel.*

RAFAEL MAYA

Catedrático de Literatura colombiana
en este Colegio Mayor



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico